

Jorge Sanabria León  
Milena Sanabria Contreras

# Así los quieren ellas

Romance epistolar  
entre 1930 y 1940



Jorge Sanabria León  
Milena Sanabria Contreras

# Así los quieren ellas

**Romance epistolar  
entre 1930 y 1940**



EDITORIAL  
UCR  
2024

CC.SIBDI.UCR - CIP/4164

Nombres: Sanabria León, Jorge, 1958- , autor.

| Sanabria Contreras, Milena, 1988- , autora.

Título: Así los quieren ellas : romance epistolar entre 1930 y 1940 /

Jorge Sanabria León, Milena Sanabria Contreras.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica :

Editorial UCR, 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-192-0** (rústico)

Materias: LEMB: Mujeres – Cuestiones sociales y morales.

| Amor – Aspectos sociales. |

Cartas de amor. | Relaciones hombre-mujer. | Arte epistolar. | Análisis del discurso.

Clasificación: CDD 305.42 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

## Índice

<b>Prefacio</b> .....	9
<b>Introducción</b> .....	13
El amor romántico desde un marco psicocultural .....	13
Breve digresión sobre el método .....	21
Las cartas y el amor romántico .....	25
La escritura de cartas y su significado sociocultural .....	33
El género epistolar de la correspondencia amorosa .....	37
La educación y la escritura de cartas en Costa Rica .....	39
Supuestos del análisis .....	41
Contexto general de las cartas de amor .....	45
Apuntes sobre el contexto sociocultural e histórico de las cartas ..	51
Apuntes sobre el estilo de referencia de las cartas .....	61

Sobre las cartas de amor a Jorge . . . . .	63
Digresión sobre el galán . . . . .	65
Intertextos de las cartas a Jorge . . . . .	69
Prolegómenos de las cartas a Jorge . . . . .	76
Tradicción en que se inscribieron las cartas . . . . .	91
Las cartas a Jorge . . . . .	103
Irish . . . . .	103
Kelly . . . . .	195
Carmen . . . . .	198
Nora Cecilia . . . . .	213
María Luisa . . . . .	215
Gladys . . . . .	217
<b>Conclusiones</b> . . . . .	219
<b>Referencias</b> . . . . .	235
<b>Índice de figuras</b> . . . . .	243

## Breve digresión sobre el método

Desde el punto de vista metodológico, no quisiéramos realizar una extensa y detallada disertación, que ya hemos expuesto en otro lugar (Sanabria León, 2007). Sin embargo, por la naturaleza del material que analizamos, algunas aclaraciones básicas resultan de rigor. Primero, coincidimos con Bohleber (2016) cuando, apoyándose en la obra de Alfred Lorenzer, establece que, para lograr una comprensión de eventos culturales, se requiere una “hermenéutica profunda” que favorezca arrojar claridad sobre la estrecha vinculación existente entre la experiencia subjetiva, cómo esta se manifiesta en sufrimiento o protesta corporal y los movimientos culturales que la contextualizan en su momento. Esto es posible al explorar el significado intrínseco de los escenarios cotidianos, por ejemplo en el arte en cualquiera de sus formas, sobre todo porque se convierten en el locus del anhelo, que en muchos casos resulta inexpresable por no ser aún consciente, dadas las restricciones que impone la cultura (en nuestro caso, sobre la sexualidad o el anhelo romántico en la feminidad).

Como se advertirá en diferentes puntos de nuestra exposición, el escribir cartas –sobre todo románticas– es una práctica cultural que coincide con estas definiciones. Como lo acentúa también Argelander (2013), con frecuencia estas expresiones culturales, por contener componentes simbólicos inconscientes –no inmediatamente descifrables o discernibles–, no son fácilmente accesibles

en su significado, el cual es posible vislumbrar por medio de la comprensión en su representación escénica. En este sentido, las cartas de nuestras escribientes las veremos como puestas en escena de su experiencia romántica del momento; no como única forma posible, pero sí como una que recurre a la escritura y a la “literaturización” de su romance (Torras Francés, 1998), y también a exponer el cuerpo como forma habitual de textualizar la relación (Graña Cid, 2002). En palabras de Marcela Lagarde y de los Ríos (1990/2005), se materializa así el “cautiverio” del cuerpo femenino, que, si no es procreador, es para el placer ajeno, en una expropiación de la corporalidad, la sexualidad e incluso la subjetividad de la mujer, sin mayor posibilidad de consciencia o voluntad en la definición de sí misma, sin protagonismo social dada la subalternidad al orden masculino. Por ello, la cultural patriarcal ha hecho que en su afectividad se manifieste siempre la carencia, pues solo recibirá lo que necesita si es amada o deseada; de ahí que aparezca el juego femenino entre víctima y heroína, por bondad, pasividad y sumisión.

Las cartas de nuestras escribientes están constituidas algunas veces por una sola escena y otras veces por varias. En este último caso, en ocasiones su concatenación es clara y en otras no lo es tanto; en este sentido, son un poco como los sueños, tal como lo resume Lapping (2011), pues por cada elemento del contenido manifiesto aparecerán asociaciones relacionadas con distintos pensamientos y, a su vez, cada pensamiento onírico puede rastrearse por medio de las cadenas de asociación de diferentes elementos en el sueño. Si sustituimos *sueños* por *cartas*, y *analista - analizado* por *cartas - analistas de cartas*, quizá nuestra propuesta se aclare. Por esta razón, y siguiendo de nuevo a Lorenzer (Sanabria León, 2007), nos apegamos a su hermenéutica profunda, en la que el juego de la transferencia y contratransferencia está en la cabeza de quien analiza/investiga, con la intersubjetividad actuando en la discusión sobre el tema y confrontándola con los elementos teóricos sobre diferentes aspectos ligados a los múltiples significados

de la escritura de cartas románticas, sobre todo en la época de que proceden. En definitiva: ¿qué nos dicen estas cartas de antaño, en una lectura desde hogaño?





## Las cartas y el amor romántico

La primera parte de nuestra pregunta inicial (“¿Por qué estudiar cartas de amor romántico de una época pasada?”) atañe a las cartas: ¿por qué estudiar lo que contienen sobre el amor romántico? Nuestra respuesta es que las cartas que aquí analizamos coinciden con la definición que hacen Jenny Cubells Serra y Andrea Calsamiglia Madurga (2015) de “repertorio interpretativo”; en este sentido, asumimos que por medio de ellas sus escribientes transmitieron parte de la representación de su realidad como mujeres de la época en que vivieron, puesto que –como también afirman las autoras de *El repertorio del amor romántico y las condiciones de posibilidad para la violencia machista*– incluso el amor pasional está mediado por normalizaciones y legitimaciones sobre cómo se construyen esos vínculos. Entre otros elementos importantes a considerar en este particu Cubells Serra y Calsamiglia Madurga mencionan la heteronormatividad, la casi imposibilidad de amistad entre hombres y mujeres, los juegos de la seducción y, de especial relevancia para nuestro estudio debido a la época en que se sitúa, un creciente mercado alrededor de las creencias sobre el amor romántico, las cuales, como veremos, aparecen con vehemencia en canciones y películas (cf. Silva Escobar, 2011), así como también en algunos otros textos que circulaban, por ejemplo revistas. Estos elementos pueden constituir factores que atizan la violencia (entre otras, simbólica) en la pareja, debido, sobre todo, al factor de subordinación de la feminidad.

Las cartas de amor, sin duda, no (siempre) se preocupan (demasiado o suficientemente) por los eventos históricos que rodean su escritura; pero ello no es óbice para ver en esta correspondencia la relevancia biográfica que tienen, más allá –aunque no necesariamente independiente– de la social. Las mujeres escritoras se retratan para sus destinatarios para conseguir sus propósitos íntimos, así que analizarlas desde la perspectiva de género es un filón que no se puede desaprovechar.

Para Barthes (1977/2004), la persona enamorada existe gracias a los “arrebatos de lenguaje” (p. 7), derivados del “capricho coreográfico” que la apresa en sus figuras solo sustentadas en el “sentimiento amoroso”, como hipóstasis de su discurso, sobre todo en la carta de amor, urdida de deseo, de imaginario y de declaraciones marcadas como la señal de un código anclado en la historia, pero, a su vez, conveniente a la propia historia. Por tanto, más que una definición, es un argumento no sobre el sujeto amoroso sino sobre lo que dice, una suerte de “alucinación del suspenso verbal”.

Un referente histórico ineludible para nuestro estudio, por la relevancia en el estilo de escritura y la visión del romance de nuestras escritoras, ya que fueron casi contemporáneas, es el intercambio epistolar entre Simone de Beauvoir (1908-1986) y Jean-Paul Sartre (1905-1980). Aunque esta extensa correspondencia llega mucho más allá del período que cubren las cartas que analizamos, en sus primeras décadas coinciden cronológicamente. La publicación póstuma de este epistolario generó, como la mayoría de sus escritos y acciones intelectuales o personales, controversia. Una controversia que tiene un particular interés para nuestro estudio. Ahora bien, no pretendemos, para dicho caso, referirnos a la inmensa obra intelectual y a su gran impacto en su época y hasta nuestros días, sino solo a algunos aspectos que nos permiten presentar de manera más diáfana nuestra perspectiva y ofrecer un contrapunto con las experiencias de nuestras escritoras. Se trata, pues, de un ineludible antecedente que ilustra, complementa y contrasta nuestro enfoque.

Según nos alerta su traductor al inglés, Quintin Hoare (Beauvoir, 1990/2011), la controversia en relación con estas cartas se desata por el contraste entre la concepción que Beauvoir compartía con Sartre sobre las relaciones humanas libres –la cual protagonizaron en lo más íntimo de sus propias vidas–, y su imagen pública, suavizada y acuarelada, que ella misma contribuyó a dibujar (p. 8, introducción). Beauvoir siempre se expresó con un cuidadoso celo por proteger el renombre de Sartre y de sus otras amistades. Lo irónico –subraya el traductor– fue el papel que tuvieron sus biógrafos –quienes, más que tales, acabaron haciendo las veces de hagiógrafos– en la construcción de esa imagen suya como un benigno tótem: con astucia y a su antojo, Beauvoir serpenteó y eludió indagaciones impertinentes, subrogando o desestimando ciertos temas potencialmente escabrosos e induciéndoles a una personificación de sí misma que subestimaba su fortaleza y sagacidad, lo cual, por cierto, le habrá deparado más de una sonrisa picaresca (p. 8, introducción).

Sin embargo, añade Hoare, su epistolografía póstuma desató indignación: en el sexismo tradicional, como era previsible –y este es uno de los aspectos más importantes para nuestro propio análisis–, que la parodió por ser símbolo de la crítica a los valores y privilegios machistas, y en la nueva burguesía del siglo pasado; pero además, como efecto no previsto, también la criticaron quienes la idealizaban como la gran protagonista de las controversias más relevantes que envolvían a las mujeres de su época, pues en sus cartas aparece como una persona muy distinta frente a esa otra idealizada. Según consigna la introducción de la colectánea epistolar, ella y Sartre fueron corresponsales por décadas, con solo breves interrupciones debidas a sucesos personales o históricos, así fueran visitas al extranjero, la Segunda Guerra Mundial o el encarcelamiento de Sartre; fueron casi cinco décadas de escribirse sobre cotidianidad, oscilando entre la gravedad de las noticias o progresos en sus trabajos y algunas reflexiones, y la liviandad de los chismes, estados de ánimo y esperanzas, tal como si su vida

de pareja la vivieran también en la correspondencia (Beauvoir, 1990/2011, p. iii, introducción de Hoare). Sobre todo eran, desde la primera hasta la última –en la valoración de Hoare–, cartas de amor, que, por su mutuo pacto de relación abierta, no se limitaban a su dueto sino que además involucraban sus pasiones o desamores alternos. La libertad sexual que promulgaban, para algunos desconcertante, fue el cimiento de su relación; sobre todo desatada del matrimonio, su vivencia de la sexualidad llevó a una redefinición, no solo de las costumbres, sino del amor y la ética (Beauvoir, 1990/2011, p. viii, introducción de Hoare).

El intercambio estaba, sin embargo –así lo observa su traductor–, acompañado de contradicciones: de sí misma Beauvoir reconocía ser una “hija diligente”, una matriarca en su familia al tiempo que aspiraba al reemplazo del modelo tradicional, puritana mientras rompía tabúes, amiga leal que a veces engañaba, la apolítica que no leía periódicos y que, no muy luego, salía a las calles a retar la ley, pero que respetaba las formalidades cuando daba rienda suelta a sus emociones; débil en la fortaleza y fuerte en la debilidad, como señala su traductor (Beauvoir, 1990/2011, p. 9, introducción de Hoare). Esta mujer precursora indiscutible de las luchas por la igualdad de género y la diversidad sexual, mantuvo siempre, en la escritura de las cartas a su amado, un estilo propio signado –tal como destaca su traductor– por el apelativo formal “vous” (usted), con que se dirigía a Sartre, intercalado con el poco gramatical y malicioso “vous autre”; y, en cuanto a sí misma, casi siempre firmó como “*Le Castor*” (el castor), mote con que la llamó René Maheu por el parecido de su nombre a la palabra “*beaver*” del inglés y por resultarle propio a ella, como a los castores, el gusto por la compañía y la inclinación edificante (Beauvoir, 1990/2011, p. 9, introducción de Hoare).

Por otra parte, en su epistolario Simone de Beauvoir comparte con nuestras escritoras ciertos tintes del amor romántico: sus requiebros del amor y la pasión, su desilusión, la espera por

la respuesta y la queja por la indiferencia, con un tratamiento afectuoso e hipocorístico a su amante, y con expresos anhelos en las dilatadas despedidas, que a fuerza de posdatas parecen no querer terminar la comunicación tan pronto.

En esta línea Sylvia Lawson (1992), comentarista de la traducción de Hoare, enfila las sátiras de que fue objeto esta gran feminista por, de manera aparejada a su famosa defensa de la unión libre, traslucir su pasión, vulnerabilidad, ansiedad, competitividad e incluso celos. Sus misivas rezuman citas literarias y regalos, además de manifiestas muestras del irreprimible placer de los amantes por existir el uno en la vida de la otra y viceversa (párr. 6). Lawson apunta que, en lo que parece ser un ánimo de pillarla en tal supuesta vulnerabilidad, Beauvoir ha sido blanco de ataques maliciosos por parte incluso de los sectarismos feministas, que con frecuencia son difíciles de distinguir de una postura misógina. Pese a ser un bastión en la causa de la liberación feminista mundial, con paradoja se la ha visualizado como la “víctima voluntaria” de los juegos sexuales y de la infidelidad de Sartre (párr. 8).

Sartre y Beauvoir compartieron el concepto, algo ingenuo –al parecer de Lawson–, de que la fidelidad era insustancial. Ella se rehusó al matrimonio y, aun pudiendo acompañarse por él en sus paseos, optaba por no hacerlo y, en lugar de ello, paseaba por su propia cuenta. Pero, a la vez, en sus cartas ella le escribía al amado: “somos uno...”, “usted es mi fortaleza, mi ética, usted es todo lo que poseo que es bueno”, y él, a su vez, le respondía:

Usted es más sólida que París, que podría ser destruida,  
más sólida que cualquier otra cosa; usted es mi vida plena,  
la que encuentro siempre al retornar... Nuestras vidas no  
tienen sentido fuera de nuestro amor... Nada cambia esto,  
ni la separación, ni pasiones o la guerra

(Lawson, 1992, párr. 9; traducción propia)

Sobre esta alianza de cincuenta años Sylvia Lawson remarca su mutua dependencia, evidente en sus cartas, que eran de amor todas ellas, de la primera a la última. Pese a que en el balance de las mutuas contribuciones a sus obras se haya querido ver a Beauvoir como la víctima, no hay razón para eso –opina Lawson–, pues ella a sí misma no se consideraba como tal. Además –observa–, el riesgo de presentar a Sartre como más ingrato de lo que fue no favorece en nada al feminismo, sobre todo si en ese talante se desestiman sus argumentos sobre la igualdad en las diferencias y no a la inversa, su manifiesto de liberar a las relaciones humanas de los enrejados categóricos y de los ideales imperantes en la época sobre familia y modernidad. Se trata, pues –concluye Lawson–, de un amor incompatible con la noción burguesa de la época, pero anticipador de los movimientos de las décadas siguientes: aunque su relación no alcanzara todas sus aspiraciones, el divorcio nunca llegó a ser un asunto con el que tuvieran que lidiar.

En otra andanza, Simone de Beauvoir mantendría una correspondencia epistolar también con Nelson Algren, escritor estadounidense (1909-1981), a quien conoció durante su primera visita a ese país y con quien trabó una amistad y, posteriormente, un *affaire* atribulado, en la década de los cuarenta y por muchos años. Aunque ese lapso excede la temporalidad de las cartas que analizamos en nuestro estudio, hacemos una breve mención a ese intercambio amoroso por los supuestos que comporta sobre el amor y la feminidad, a la par del planteamiento de relación abierta que personificaron Beauvoir y Sartre.

Tal como señala Sylvie Le Bon Beauvoir, editora y prologadora del compendio de estas misivas, en ellas se aprecia también a una escritora que disfruta de la escritura refrescante sobre las ilusiones desprendidas de un romance, uno a la distancia (Paris-Chicago), que le deparó no pocos sobresaltos y que llegó a su fin por iniciativa de Algren, para el gran desasosiego de Simone; un intercambio en el que, aparte de las alusiones intelectuales, destacan los motivos

relacionados con la diversión y la familiarización de otros estilos de vida, un compartir constante de no pocas “trivialidades y vicisitudes” de la vida diaria (Beauvoir, 1998/1999, p. 3, prólogo).

Sobre esta epistolografía y triángulo amoroso, Lagarde y de los Ríos (2001) se refieren al agotamiento de Algren por su subsidiaria condición respecto a Sartre y a su decisión de terminar la relación con Beauvoir. Mientras tanto ella, Simone, tenía que soportar –continúa Lagarde y de los Ríos– las ligazones amorosas de Sartre con sus amantes y casi obligarse a sí misma a reprimir sus celos, imbuida en la paradoja de la moral patriarcal, que le exige tolerar aquello a quien, como Beauvoir, se opone al sometimiento femenino y clama por la emancipación; tolerar, pese a las crisis emocionales subsiguientes. Con el caso en cuestión ilustra esta antropóloga e investigadora mexicana el conflicto de la época, sobrevenido de la instauración del amor burgués en la modernidad, en el cual –y de manera extraordinariamente simbólica– otorgar regalos –sobre todo suntuarios, sin inmediato uso práctico– del hombre a la mujer –pero no viceversa– se toma como halago y seducción, a la vez que se actualiza como una muestra simbólica del poder masculino, como si fuera una forma de acceder a la sexualidad femenina. En cualquier caso, apuntan Lagarde y de los Ríos, las biografías femeninas están atravesadas casi siempre por el tema de los hitos amorosos, incluso cuando constituyen encrucijadas o mandatos o, por qué no, los amores prohibidos; mandatos, entre ellos, el de ser bellas para poder ser amadas, condición que, entre otras, ha sido pactada para ellas, sin poder acceder a la condición de pactantes con valores y principios propios, con la amenaza latente de la soledad si no hay sometimiento al pacto.





## La escritura de cartas y su significado sociocultural

Ahora bien, como afirma Antonio Castillo Gómez (2015), “la gente común también escribe”, no solo como capacidad sino como necesidad; entendiendo por “común” a la clase popular que, desde las postrimerías de la Alta Edad Media, escribe sobre sus cotidianidades en lengua vernácula y que en la Edad Moderna gana un recurso valioso con el género epistolar, que permite el ahondamiento sobre temas privados. Tanto así que, desde antes del siglo XIX –consigna Castillo Gómez–, aparecieron, al calor de las nuevas fuerzas históricas de alfabetización, las “lecturas de manuscritos” (p. 52) para aprender a redactar. Estos documentos contenían, entre otros, modelos de cartas; material que, como señala críticamente este autor, ha sido desestimado por historiadores, por considerarlo subjetivo o poco relevante. Coincidimos con Castillo Gómez cuando apuesta a que en el intercambio epistolar está contenida la “pequeña historia” (p. 53), la cual permite atisbar usos y significaciones de la escritura, en distintas grafías que reflejan no solo estilos sino también aspectos de trayectorias educativas, competencias lingüísticas y elementos críticos para reconstruir la memoria colectiva.

Ya en un trabajo previo (2001), este historiador catalán proponía que la comunicación epistolar, entre otras modalidades de escritura, es de las que mejor reflejan la necesidad de escribir en los siglos XIX y XX, utilizada para expresarse sobre aspectos decisivos

y que hoy nos permiten rastrear las huellas de la vida cotidiana. Asimismo, en un proyecto culminado en 2014 por el mismo Castillo Gómez junto con Verónica Sierra Blas, sobre estudios que cubren cinco siglos de intercambios epistolares, se plantea –en el prólogo– la pregunta por el papel que han cumplido las cartas en la historia, no solo personal y familiar de los correspondientes, sino también en la colectiva; en este sentido, la narración contenida en esos documentos exige una reflexión histórica, en tanto componentes biográficos que reflejan mentalidades y formas de vida, y por ello demanda un reconocimiento por el servicio que presta para la reconstrucción de redes simbólicas socioculturales (Castillo Gómez y Sierra Blas, 2014). De esta misma manera, Rocío Sánchez Rubio e Isabel Testón Núñez (2017) muestran que desde los albores de la América Hispánica las cartas han cumplido un papel importante en la actualización de los eventos importantes entre las personas correspondientes, a ambos lados del Atlántico, entre cuyos asuntos prevalentes se encuentran las “lógicas relaciones de amor y afecto” (p. 101), así como la función epistolar de combatir la nostalgia y compartir novedades.

Por su parte, para las décadas de 1930 y 1940 en España, Verónica Sierra Blas (2004) muestra cómo en las escuelas se enseñaba el arte de escribir cartas, recurriendo a manuales epistolares o de manuscritos, y que muchos ejercicios de lectoescritura se llevaban a cabo por medio de la redacción de cartas, lo que convirtió a este género en protagonista central del aprendizaje de habilidades para la vida diaria; aprendizaje, este, que llegó a constituirse en un nuevo rasgo de distinción social, permitiendo –entre otros aspectos socioculturales de importancia– el acceso a las publicaciones. Ya desde la Edad Moderna la escritura epistolar se había instaurado como “instrumento necesario en el desarrollo del niño y su inserción en la sociedad” (p. 66), en su uso y función en los ámbitos público y privado; expresarse apropiadamente por escrito, con solvencia y precisión, pasó a ser un rasgo de refinamiento social, énfasis que venía apareciendo en los manuales epistolares desde hacía

más de dos siglos atrás. Adicionalmente –continúa Sierra Blas–, en la relevancia de los ejercicios para una buena competencia de redacción y expresión escrita, en el ámbito educativo se priorizaba la difusión de los valores morales, religiosos y patrióticos imperantes en el momento y que resultaban determinantes para orientarse en comportamientos y actitudes en la sociedad.

De manera que escribir cartas era tan importante –señala esta autora– como derivar de su lectura lecciones para la convivencia social; así, al combinar pensamiento y sentimiento, urbanidad, buenos modales y grafía, se expresaba parte de la identidad de la persona escribiente y, por ello, su escritura devenía vehículo de transmisión de visiones de mundo, entendidas estas como las ideas regentes en una época sobre los ideales –por ejemplo, de individuo, familia y sociedad–, como una normatividad no explícita pero presente, sobre todo en los manuales y también en las cartas que atendieron sus directrices. Al parecer fue por esta razón, concluye Sierra Blas, que los ejercicios (juegos) de intercambio epistolar fueron los dispositivos didácticos predilectos en las escuelas, con el subsecuente efecto de constituir, las cartas, testimonios de la memoria histórica colectiva.

En este mismo sentido, de las cartas como vehículo y registro de visiones de mundo, Meri Torras Francés (1998) ahonda en la escritura femenina de cartas en el siglo XIX. En su estudio, observa que para esa época ya había empezado a darse un giro interesante para las mujeres, pues al abordar la escritura como epistolografía se muestra un valor autobiográfico que les había sido vedado desde siglos atrás debido a su carácter público, “impensable para la mujer”, mientras que las epístolas siempre han presupuesto “espontaneidad, privacidad y cotidianidad” (p. 67). Como género privado –precisa esta filóloga catalana–, las cartas permitieron a las mujeres saltarse, en la intimidad, algunas regulaciones socioculturales; saltos que se habían venido manifestando en el intercambio epistolar de los romances, en el que se instilan

aspectos autobiográficos. En este sentido, Torras Francés subraya el recurso de la escribiente a la exégesis sobre su propio texto para no dejar dudas en el destinatario sobre la naturaleza del mensaje y la presentación de su “propio personaje” (p. 76) en sus gozos y desgracias, una suerte de “literaturización” de sí misma de la mujer escribiente y del género epistolar (p. 81).

## El género epistolar de la correspondencia amorosa

En cuanto a las cartas de amor, Antonio Castillo Gómez (2016) señala que ocupan un escaso lugar en los estudios sobre los intercambios epistolares a lo largo de la historia, aunque los consejos sobre cómo escribirlas ya se encontraban en el tratado más antiguo que se ha encontrado, que data del siglo XII en Bolonia, Italia, con un capítulo especial sobre el tema. De particular interés para nuestro estudio es la figura que Castillo Gómez reproduce como muestra ilustrativa para los años 1936-1939: el “Manual de los enamorados”, con sus “Modelos para declaraciones de amor y contestaciones femeninas” y su insinuante mensaje en la portada: “Declaraciones de amor, contestaciones, cartas de reproches, de felicitaciones y otras muchas contiene este folleto”, que muestra la popularización de estos modelos (“Precio: 30 cts”), un heredero vernáculo de los textos instructivos destinados a “nuevos públicos” (“niños y mujeres”) en la modernidad epistolar (p. 23). Este es un reflejo de que el intercambio epistolar ya se había convertido en un fenómeno de masas desde los albores del siglo XX, y una resulta de la expansión –iniciada en el Siglo de Oro– del “billete amoroso” (Castillo Gómez, 2013).

Una sumatoria de pequeños detalles, como las distinciones en los tratamientos nominales o pronominales entre hombres y mujeres, consignados en el siglo XIX en España y que hundieron sus raíces en la América Hispánica desde comienzos de la colonia (García Godoy,

2008 y 2019), así como también los tratos subordinados entre los géneros en los epistolarios, ya registrados también en el siglo XIX (por ejemplo, en la manera de dirigirse a mujeres casadas o solteras, según sean “señora” o “señorita”, lo cual no aparece como un rasgo relevante para el caso de los hombres, que no suelen llamarse “señorito” o “caballerito”) y que aún se hacen presentes en las cartas de amor, en las cuales a los hombres se les apela con hipérbolas como “Ilustrísimo” o “Excelentísimo”, y sólo en raras ocasiones con el familiar “tú”... Según muestra Daniel M. Sáez Rivera (2015), los estilos epistolares descritos en los manuales perfilan las formas culturalmente apropiadas para la época, de exponer y manifestar, por ejemplo, la “efusión sentimental” (p. 139), con exclamaciones o interrogaciones retóricas. Tales formas, así prescritas para el buen escribir, tomaron presencia también en la enseñanza escolar de la época en nuestro país.

## La educación y la escritura de cartas en Costa Rica

En cuanto al tipo de educación imperante en las primera décadas del siglo XX en Costa Rica, existe consenso sobre una intensa modernización y democratización del sistema educativo acaecida desde los albores de la centuria y apenas interrumpida por la breve dictadura de 1917, tal como lo expone Juan Rafael Quesada Camacho (2003). Pese a haber sido, ese proceso, objetado con frecuencia y vehemencia por los sectores oligárquicos del país, y aun cuando resultara perjudicado por los acontecimientos bélicos mundiales, aún así –documenta Quesada Camacho–, con altibajos, se mantuvo al talante de los movimientos pedagógicos imperantes sobre todo en Europa, resumidos en la idea de la “escuela activa”: una combinación que integraba la preparación práctica para la vida, de cara a las transformaciones en los sistemas productivos, con un marco general humanista de formación general; a la implementación de ese modelo vino aparejado un crecimiento sostenido de la matrícula en las primeras décadas del siglo.

Por su parte, Bernal Martínez Gutiérrez (2016) también señala que en Costa Rica la presencia de modelos pedagógicos y maestros españoles era notable ya desde finales del siglo XIX, y que en los inicios del siglo XX empezaba a ponerse un énfasis particular en la educación de la mujer, sobre todo con miras a su incorporación al creciente mercado laboral, al punto de que el eminente educador



Omar Dengo denominara a ese periodo, hacia 1920, “el siglo de la mujer” (p. 23).

Asimismo, Iván Molina Jiménez (2016) muestra que en las décadas precedentes a 1930 y 1940, al calor de los acontecimientos y transformaciones políticas que sufrió Costa Rica por entonces, la educación se tornó un tema de discusión no solo sobre los modelos a implementar, sino también sobre los ideales ciudadanos en juego, entre los cuales el papel de las mujeres era constantemente cuestionado desde los ángulos más progresistas hasta los más conservadores, incluido dentro de estos últimos el punto de vista de presidentes de la República que desestimaron la importancia de la educación femenina, por considerarla intrascendente. Pero en cualquier caso, expone María Idalina Resina Rodríguez (2011) –en una obra que, si bien no refiere a Costa Rica, sí le es aplicable–, ya desde los siglos XVIII y XIX la educación femenina se orientaba en el ideal de “mujer sabia y prudente” que se promulgaba, además, en obras literarias y teatrales: educada para ser amorosa y leal esposa, en obediencia a padre y esposo, para el cual –como se insinúa en el comentario del presidente de Costa Rica de principios del siglo XX– en las mujeres la “sabiduría contamina” (p. 35).

Para recapitular, a la luz de los modelos educativos de la época y, en particular, de la situación de las mujeres con respecto a la educación en el país, podemos esperar que las cartas que analizamos, escritas por distintas mujeres a un enamorado en común, nos muestren el amor romántico como estrategia retórica con la que dieron cuenta de su experiencia en la sociedad que les tocó vivir, expresada –entre otros aspectos de interés– en los valores y creencias circulantes en sus contextos de vida y que impregnaban sus decisiones y emociones. Pero, además de sus contextos, podemos esperar avizorar cómo lidiaron y sortearon esos factores constrictores de su vida, con una riqueza de recursos expresivos que se hallarán contenidos en sus cartas.

## Supuestos del análisis

Nuestro primer supuesto: estudiar el amor romántico en sus intrín- gulis socioculturales y la naturaleza de su psicología subyacente, desde la subjetividad femenina de la época, es una forma de reflexionar críticamente sobre el orden en que se inscriben nuestras relaciones sociales, en general, y las de pareja, en particular.

Nuestro segundo supuesto: la visión desde una época pasada nos facilita no solo identificar la constancia y el cambio en ese entramado de normas, valores y hábitos, sino también tomar la distancia necesaria para no sentirnos demasiado involucrados con nuestras subjetividades y, entonces, escudriñarlo con cierta sorpresa, aspecto de relevancia en estudios psichistóricos como el que nos hemos propuesto.

Nuestro tercer supuesto es más pragmático: en las relaciones románicas se reflejan las relaciones de poder entre los géneros, sobre todo en su teñidura desde el patriarcado.

Para llegar a nuestro cuarto supuesto: la transmisión intergeneracional de las relaciones de poder consigue historizar las estructuras patriarcales, en tanto su lectura crítica puede contribuir a su desmantelamiento, en aras de una sociedad más justa y equitativa entre los géneros, posible por medio de la retrospección analítica sobre esos procesos.

Ahora bien, el material de referencia para el presente estudio nos impone una razón notable para obrar con precaución: el destinatario de las cartas que hemos de analizar fue mi padre y Milena (mi hija), que aparece como editora, es la heredera y curadora de estos materiales, y responsable de su ordenamiento, selección y, en algunos casos, datación; sus aportes e ideas, así como contribuciones conceptuales sobre la exposición, han sido clave en la elaboración de este trabajo. Estaremos discuriendo, por tanto, sobre parte de una historia familiar que nos involucra como personas y a nuestros vínculos afectivos, pero no solo a los de ella y a los míos sino a los de nuestra extensa parentela de ya varias generaciones, y, por supuesto, no queremos lastimar a nadie. Al contrario, quisiéramos rescatar elementos de una historia que en su singularidad recrea una sociedad, un país y una época, una de esas que se escapan de los libros oficiales pero que, siamesa de la literatura, nos da una semblanza sobre nuestros orígenes y, esperamos, nos ayuda a repensar nuestro presente.

Asimismo, nuestro material de referencia consiste en cartas escritas a este hombre, antepasado nuestro, como galán, por parte de mujeres quienes, en distintos momentos y de diferentes formas, le expresaron sus intereses románticos. Cartas de mujeres de una época que transcurrió entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales y sus postrimerías, entre las que se cuenta además la germinación de una guerra civil. Cartas de mujeres que abrían su corazón a un hombre e intentaban lidiar con los sentimientos, a veces encontrados, que les provocaba esta relación, pero también en quienes leeremos las estructuras socioculturales que las regían y en las que estaban inscritas en su condición de mujeres. Este galán, como es esperable en un hombre de su época, se comportó –según inferimos de la lectura de las cartas y los requiebros expresados en ellas por las mujeres– como un típico hombre de su generación, de acuerdo a los estándares de masculinidad de la época, los cuales, desde la visión actual, nos resultan machistas y patriarcales, por lo que se nos impone, hasta cierto punto, una lectura crítica

de su actitud general como hombre enamorado o como seductor (lo cual no nos resulta, por razones obvias, particularmente fácil). Por tanto, y porque en este estudio no se trata de él sino de las mujeres que le escribieron, reduciremos al mínimo las alusiones a él.

Desde nuestro presente, para repensarlo, una acuciosa pero rápida mirada al pasado resulta de rigor. Resulta tentador, por supuesto, desarrollar todo un acápite sobre el amor, el amor romántico, sus manifestaciones y versiones en diferentes modalidades estéticas, su estrecho intrincamiento con la sexualidad y la consolidación de parejas. Sin embargo, hemos tratado de vencer esa tentación con dos argumentos: primero, ya se ha escrito más que suficiente sobre eso por especialistas de larga trayectoria a quienes hemos preferido remitirnos preliminarmente y alrededor de los conceptos más necesarios, por lo que, en este particular, hemos sido más bien breves; y segundo, nuestro propósito es, sobre todo, reconstruir la mirada romántica de un grupo de mujeres con un factor en común: el interés romántico por el mismo hombre, quien, finalmente, no se casó con ninguna de ellas. Es de esas mujeres de quienes reconstruiremos esta mirada romántica. Tenemos poca información de ellas: apenas algunas de sus cartas y una que otra fotografía autografiada o con una dedicatoria especial. Esa es la base sobre la cual sustentaremos su perspectiva y vivencia del amor romántico.

Esta es una  
muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la  
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

## Acerca de los autores

**Jorge Sanabria León** (San José, Costa Rica, 1958) es psicólogo, doctor en teoría psicoanalítica de la socialización (Universidad Johann Wolfgang Goethe) y profesor catedrático en el área de psicología del desarrollo en la Escuela de Psicología de la UCR.

**Milena Sanabria Contreras** (Fráncfort del Meno, Alemania, 1988) es especialista en el área de literatura y arte comparadas (Universidad de Potsdam), y traductora de español, inglés y alemán. Se especializó en traducción literaria (Universidad de Iowa).

Corrección filológica: *Ana Lucía Lizano C.* • Revisión de pruebas: *Sherlyn Jiménez B.*  
Diseño de contenido: *Daniela Hernández C.* • Diseño de portada  
y diagramación: *Abraham Ugarte S.* • Imágenes de portada: Fotografías  
del archivo de Jorge (1938) • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.  
Octubre, 2024.

El medio de comunicación a distancia más importante durante siglos fue privado e íntimo. Escribir cartas políticas, sobre negocios o cotidianidades, como el romance, sigue siendo irrenunciable. Históricamente, se cuestionó si las mujeres debían escribir cartas, especialmente a sus amantes: “una frase imprudente de una mujer, puesta por escrito, le acarrearía grandes desgracias irreversibles”. Pero ellas nunca dejaron de hacerlo, aun a la sombra de la intelectualidad masculinizada, que trivializó su escritura, llamándola veleidades. Hoy, advertimos que desde relatos simples brotan imágenes sobre vicisitudes cotidianas: el romance, atravesado de prepotencia masculina y vigilancia sobre la virtud femenina.